

El oro y el maíz

Jesús Muñoz Tábor



(El Oro será representado por un joven vestido de rey, con corona y cetro; portando una espada y en la mano izquierda, una cadena. El Maíz será representado por un joven vestido de aldeano, con camisa larga y pantalones algo arremangados y sombrero de paja. Tendrá, sobre el hombro izquierdo, un haz de mazorcas de maíz. El escenario representará un lugar campestre).

El Oro. —¿Dime si no eres tú, el grano que en la inmunda pocilga alimentas a los cerdos, que en las cuadras nutres a los borricos y que en los corrales engordas a los patos y a las gallinas?

El Maíz. —Sí, ciertamente, yo soy el humilde grano que da vida y sustento a esos seres de la Creación, los que para ti son seres abyectos; pero también yo nutro la preciosa sangre del pueblo y soy la alegría del aldeano; el mimado de los agricultores, y el que alimenta, tanto al rico como al pobre. (El Maíz sigue hablando mientras camina alrededor del Oro).

También soy la esperanza y el ansiado maná del infatigable labriego, quien halla en mí, su tesoro, lo mismo que la vida de su madre, de su esposa y de sus hijos. Por mí, tanto la ciudad como el pueblo, la aldea y el villorrio se estremecen de contentos, cuando lleno sus exhaustos graneros y surto sus

mercados, para calmar el hambre de las gentes. Y cuando hay escasez de mis granos, porque las inconstantes lluvias no han humedecido las raíces de mis matas, entonces, las ciudades, los pueblos y aldeas se llenan de aflicción y claman misericordia a Dios.

El Oro. —Pero esas bondades de que me hablas, misérrimo grano, jamás podrán darte el brillo y esplendor que yo tengo y por los cuales soy tan codiciado para fabricar las coronas de los emperadores, reyes y príncipes; para fabricar las medallas y condecoraciones que adornan los pechos de los guerreros; para ponerles las empuñaduras a los sables de los héroes guerreros, ante los cuales se doblega la justicia.

Por el brillo de mis monedas, los criminales más empedernidos salen de las cárceles o entran a ellas los inocentes, en complicidad con togados malabaristas leguleyos.

El Maíz. —Calla, vanidoso y petulante Oro, pues tú no eres más que un vil instrumento que sirve para la perdición de la humanidad, la que, afligida, llora y sufre la influencia nefasta del brillo de tus monedas, cuando desgraciadamente caen en manos de avarientos y mercaderes de honras y virtudes. Por ti, el filántropo de otros tiempos se ha trocado en vulgar mercader y usurero, que ahorca al pueblo con intereses y alquileres leoninos.

Obras perversas tuyas son las cruentas guerras que se hacen los pueblos hermanos, quienes están llamados a convivir felices, para compartir todos los productos de la madre y pródiga tierra.

Miserable Oro, tú no sirves más que para fabricar pavorosos y terribles explosivos con que se destrozará y quizá se extinguirá la hermosa obra de la Creación...

El Oro. (Riéndose a carcajadas). —Me río de tus nimiedades y candideces, misérrimo grano; pues debes convencerte que tú no eres más que un desgraciado alimento de cerdos y de bestias, conocido como el mata hambre de borricos y chompipes. ¡Ah, cuánta nobleza...!

El Maíz. —Escúchame Oro vil, debes saber si tú eres, como pretendes, la arrogante “aristocracia”; yo, el humilde grano del pueblo, soy la vida y viva sangre del pueblo, de ese pueblo que es la verdadera “democracia” que tan valientemente ha hecho rodar, en todos los tiempos y todas las edades, las doradas coronas y los cetros de los déspotas de la tierra que han esclavizado a la humanidad.

Sí, yo soy el alimento que sirvió para dar fuerza a los aguerridos soldados del invicto Morazán, que tan heroicamente tremolaron el pendón de la unión centroamericana.

Soy la savia de vida que en las gestas libertarias de la independencia de los pueblos hermanos del continente americano, sirvo, no para esclavizar patriotas, sino para formar repúblicas libres, soberanas e independientes del yugo colonial. ¡Oro vil!, ¡huye, huye de mi presencia! y no vuelvas más a enfrentarte a mí, mientras seas el símbolo de corrupción de maldad; pero si algún día te regeneras y empleas en levantar hospitales; ¡en construir fábricas que compartan con sus obreros en la debida proporción, sus ganancias; si te empleas en cultivar la tierra sin esclavizar al pobre labriego; si llenas de abundantes productos que sirvieran como yo sirvo, para alimentar grandes naciones y pueblos; entonces sí, acércate a mí, para que, en estrecho consorcio, laboremos, para hacer la felicidad de todos los pueblos de la Tierra!

Pero mientras esto no suceda, hoy, póstrate ante mis plantas Oro vil, y recibe esta cadena como digna recompensa de tus maldades...

(El Maíz se lanza contra el Oro y le sujeta las manos con la cadena. Y después, se inclina ante el público y hace un saludo marcial.)